

importa. La gloria aunque con lento paso, llega al fin un día, y si no tendió su manto resplandeciente sobre los hombros de Pimentel cuando aun vivía, para que con él se arropase al penetrar en la obscura eternidad, como dijera el poeta, lo extenderá sin duda sobre el monumento que el amor filial le erige al publicar sus Obras.

Coyoacán, D. F. Septiembre 12 de 1903

FRANCISCO SOSA.

CUADRO DESCRIPTIVO Y COMPARATIVO

DE LAS

LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO,

O TRATADO DE FILOLOGÍA MEXICANA.

PRÓLOGO.

En los años de 1862 y 1865 publiqué la parte primera de esta obra, la cual fué acogida benévolaente por diversas personas, cuyos nombres quiero consignar aquí, no sólo para prevenir el juicio público en mi favor, como naturalmente lo procura todo el que escribe, sino también con el objeto de tributar á esas personas las señales de mi agradecimiento. Los Sres. D. F. Ramírez, D. Manuel Orozco y Berra y D. J. Guadalupe Romero en el *Dictamen* presentado á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la cual me distinguió con una medalla honorífica. El Barón de Gagem en su opúsculo *Apelación de los mexicanos á Europa* (1862). El Sr. Justo Petermann en las *Comunicaciones del instituto geográfico* (t. 9). Los redactores del periódico inglés "Registro literario americano y oriental." Los redactores del periódico mexicano el *Cronista*, en su análisis de mi trabajo lingüístico publicado en Diciembre de 1865. M. Aubin en el *informe* que insertó en los *Archivos de la comisión científica de México* (t. 1). El lingüista alemán Buschmann en diversas cartas que tuvo la bondad de dirigirme, y en algunas de sus obras impresas. El Instituto de ciencias de París, al acusar recibo de mi obra invitándome á presentarla en el concurso anual de filología. El Instituto Smithsonian de Washington remitiéndome con carta atenta de su secretario, Sr. Henry, una colección de obras sobre los idiomas indígenas de los Estados Unidos. Diversas sociedades cien-

tíficas y literarias de Europa y América admitiéndome en su seno.

La buena fortuna de mi libro llegó al grado de que el único ataque que sufriera, se convirtió en mi beneficio. El periódico francés la *Revista Americana*, anunció que el Cuadro de las lenguas indígenas de México había sido censurado por Mr. Aubin, y este anuncio dió lugar á que tomasen mi defensa los redactores del *American and Oriental literary record* con las siguientes palabras: "We confess that we were greatly astonished to hear that Mr. Aubin, of Paris, speaks of the work as an uncritical one, whilst by all impartial one competent judges it must and will be proclaimed as the most important that ever appeared in America relating to American linguistics."

Pero sobre todo, Mr. Aubin mismo, en el impreso citado anteriormente, desmintió la especie vertida por la *Revista*, calificando á este periódico de *mal informado*, juzgando mi producción, en lo substancial, favorablemente, y haciendo algunas observaciones sobre puntos enteramente secundarios.

De todas maneras, me parece conveniente tomar en cuenta esas observaciones de Mr. Aubin, y entrar en explicación.

Hablando el referido escritor del plan de mi obra dice: "En regrettant que l'auteur s'ecartat sensiblement des principes de classification si bien exposés dans son introduction."

Mr. Aubin olvidó que en esa mi *introducción* manifesté que en la parte primera, *descriptiva*, iría yo tratando de los idiomas, según me fuera posible estudiarlos, como independientes unos de otros, y esto pudo hacerse sin inconveniente alguno, porque la *clasificación* resulta de la comparación que es el objeto de la segunda parte, y no de la primera. Otras personas comprendieron mejor mi plan, pues han dicho que esa primera parte contiene *monografías*.

Tocante al otomí observa Mr. Aubin que no mencioné varios tratados relativos á ese idioma, limitándome á citar la gramática de Neve y la disertación de Nájera. El escritor francés no se fijó en estas circunstancias. En primer lugar, que yo me referí á Clavijero, León Pinelo y Beristain como

fuentes bibliográficas donde los curiosos podían encontrar noticias detalladas sobre todas las obras escritas acerca del otomí. En segundo lugar, que mi obra no es de *bibliografía*; yo no he ofrecido ni en el título de ella ni en la introducción, ocuparme en enumerar los libros que se han escrito sobre tal ó cual idioma: mi plan exige, á lo sumo, hablar de las obras que me sirven de guía, y nada más. Por otra parte, varias de las obras que recomienda Mr. Aubin, v. g., la del Padre Ramírez, son de aquellas que en México tenemos arrinconadas en las bibliotecas, como ensayos infructuosos sobre el otomí.

Pasando á tratar del mexicano, conviene el mismo Mr. Aubin en que las innovaciones ortográficas que yo he introducido tienen grandes ventajas; pero agrega que desfiguraran los textos impresos y manuscritos, por lo cual cree que mi sistema es bueno únicamente respecto á lenguas como el mazahua que no tiene literatura.

Sobre este punto comienzo por negar que el mexicano tenga literatura. La literatura de un pueblo se compone de sus escritos espontáneos, de los escritos en que revela su personalidad, su existencia propia, y eso que Mr. Aubin llama literatura no es, en su mayor parte, más que una colección de sermones, pláticas, confesionarios y catecismos referentes á la teología cristiana que se trataba de enseñar á los indígenas.

Por otro lado Mr. Aubin se contradice palpablemente, pues al hablar de los trabajos de D. Antonio Ramírez sobre el otomí, precisamente alaba que este autor hubiese usado signos *adecuados* á los sonidos del idioma. ¿Porqué en mí y en el mexicano quiere quebrantar luego sus propios principios? Obsérvese también que, como lo manifesté en la *introducción* de mi obra, para comparar acertadamente los idiomas es preciso ortografía uniforme, sencilla y propia. De otro modo sería necesario al comparar cada palabra entrar en explicaciones tan repetidas como fastidiosas. Por ejemplo, los lingüistas norte-americanos escriben *pee* cuya sílaba corresponde en castellano á *pi*. Si en una obra de filología comparativa se usa de los dos sistemas correspondiendo á lenguas análogas, esa analogía deja de percibirse en lo escrito.

Otro ejemplo: los alemanes usan *k*, los españoles *qu*. Si en mis comparaciones pongo como palabra mexicana *quia* y como su semejante *kia* el lector se ofusca; pónganse en ambos casos *kia*, que es lo más lógico, y todo inconveniente queda remediado. Esta explicación me ahorra ya, en adelante, de entrar en pormenores respecto á cuestiones ortográficas, bastando agregar aquí que mi plan sobre esto se reduce á procurar, hasta donde es posible, practicar las reglas de buena ortografía que desde el siglo XVII dieron los sabios de Port Royal en su Gramática general.

1^o Que toda letra exprese algún sonido, es decir, que no se escriba nada que no se pronuncie.

2^o Que todo sonido tenga su letra correspondiente, es decir, que no se pronuncie nada que no esté escrito.

3^o Que cada letra sólo exprese un sonido simple ó doble.

4^o Que un mismo sonido no se exprese con varias letras.

La última observación de Mr. Aubin es la siguiente:

"Examiné dans ses détails l'ouvrage de M. Pimentel temoigne d'un grand amour de l'étude, d'une vive intelligence et d'un aptitude remarquable pour les travaux de linguistique. Nous craignons, toutefois, que guidé par une prudence extreme l'auteur ne se soit trop astreint á suivre, en les abregant, les ouvrages qu'il a eu sous la main."

Desde la introducción puesta á la primera edición de esta obra dije lo siguiente: "Los materiales que hoy poseemos sobre las lenguas de México son gramáticas, diccionarios y escritos religiosos hechos por los misioneros, en su mayor parte. En el tiempo en que escribieron, la gramática estaba muy atrasada, de modo que no tenían, generalmente hablando, más modelo que la latina de Nebrija, y á ella quisieron amoldar las lenguas del país. De aquí han resultado tales errores que es preciso purificar una á una cada gramática para poner en *la posible* pureza las lenguas mexicanas." Extraño mucho que Mr. Aubin no se hubiese fijado en esta advertencia, porque ella le hubiera indicado que el espíritu de mi trabajo no era seguir, á ciegas, el dictamen de otros escritores sino corregir sus defectos. Efectivamente, otras personas me comprendieron mejor, como en otros puntos, que Mr. Aubin, pues no faltó quien dijera como Petermann (loc. cit.) que yo "había sujetado las lenguas

indígenas á una crítica gramatical independiente, en oposición con el sistema antiguo que las forzó en los moldes de las gramáticas latina y griega."

Empero, la mejor contestación que puedo dar al último pasaje citado, es la reseña que voy á hacer de algunas de los resultados filológicos de mi trabajo, resultados que se me deben exclusivamente, y que tengo derecho de reclamar como enteramente míos.

He corregido los diversos errores en que incurrieron varios gramáticos adulterando las lenguas indígenas con formas que no les son propias, ó omitiendo las que realmente les pertenecen: no me he contentado con indicar esos errores; los he comprobado especialmente por medio de notas.

He restanrado, hasta donde es posible, las gramáticas que no existían de varios idiomas, especialmente del mixe y el comanche.

Por la primera vez se han reunido en un grupo, que llamo mexicano-ópata, nueve familias de lenguas: de esas familias apenas se conocía imperfectamente la analogía de tres, la azteca, la ópata-pima y la comanche, pues de la ópata-pima Buschmann sólo había comparado cuatro idiomas, y del comanche no se conocía la gramática. Entre los idiomas del grupo mexicano-ópata figura el seri, casi desconocido de los lingüistas no sólo en Europa sino en América.

Respecto al mexicano en particular, he aclarado lo relativo á sus dialectos, y he comprobado que es igual al llamado *nahuatl* y distinto al llamado *chichimeco*.

De la familia sonorense ó ópata-pima he logrado analizar y comparar hasta siete gramáticas, demostrando que á esa familia pertenece el yuma, contra la opinión de varios indianistas, agregando también un idioma desconocido, el huichola, que por primera vez se presenta al mundo lingüístico.

Con la familia comanche he reunido el caigua que algunos negaban le perteneciese.

He encontrado un miembro más de la familia mutsun, el idioma llamado costeño.

He comprobado sólidamente la diferencia entre el mexicano y el tarasco para refutar la fábula del Padre Durán respecto al origen de los Tarascos, fábula copiada y admi-

tida hasta por los escritores más modernos, sin criterio alguno. Al mismo tiempo ministro, antes que ningún otro lo haya hecho, un dato precioso á los historiadores respecto á las emigraciones de los pueblos de Anáhuac, y es la demostración de que existen vestigios del tarasco en el Norte de México. Tratando también del tarasco he hecho ver que es infundada la analogía que se le supone con el chiapaneco y el huave.

He analizado el totonaco y el mixte para comprobar que son idiomas mezclados, entrando en ellos el elemento mexicano. Respecto al mixte he comprobado su analogía con el zoque.

Por la primera vez se presenta una comparación gramatical y léxica del mixteco y el zapoteco, así como la noticia de diversas lenguas pertenecientes á la misma familia. También por la vez primera se hace una comparación razonada, gramatical y léxica, de los principales idiomas de la familia maya, y se discute cuáles son realmente los idiomas de esa familia.

Refuto el sistema del Padre Nájera respecto á la estructura china, al perfecto monosilabismo del otomí, y enseño cuales son los diversos idiomas de que esa familia se compone, algunos enteramente desconocidos.

Rectifico diversos puntos relativos al apache, y presento muestras de un nuevo dialecto de este idioma.

Hago ver la independencia que existe entre el grupo mexicano-ópata y las familias tarasca, mixteco-zapoteca, pirinda ó matlatzínca, maya, otomí y apache.

En lo general hago varias aclaraciones respecto á los dialectos de varios idiomas.

Hasta ahora se ha acostumbrado considerar todas las lenguas americanas como vaciadas en un mismo molde; yo hago ver que en México existen cuatro órdenes de idiomas bajo el punto de vista morfológico.

Todo esto, sin entrar en una multitud de detalles y aclaraciones particulares, que cualquier lector imparcial observará en el curso de mi trabajo.

En resumen, creo que puedo pretender, sin jactancia, ser el primero que presenta una clasificación científica de lenguas mexicanas fundada en la filología comparativa.

Contestadas las observaciones de Mr. Aubin, he adelantado en mi contestación varias explicaciones preliminares, de las precisas para comprender mi libro, y sólo debo agregar las siguientes.

Omito la introducción puesta al frente de la edición primera. A algunas personas, entre ellas Mr. Aubin, les ha merecido esa introducción particulares elogios; pero otras la consideran, más fundadamente, como un discurso independiente sobre la filología general. Por este motivo aprovecharé reproducirla en otro lugar más oportuno, con algunas correcciones, y aquí sólo tomo de ella lo muy conducente al estudio de los idiomas mexicanos.

Omito también la parte que ofrecí con el nombre de *crítica*, como parte independiente: su objeto era hacer observaciones sobre los idiomas indígenas, cuyas observaciones voy haciendo ahora según ocurren, sea en las descripciones, sea en las comparaciones. De esta manera se evitan repeticiones inevitables conforme al plan anterior.

Omito igualmente las noticias bibliográficas porque, como ya lo he dicho, no es mi objeto escribir la *bibliografía* de las lenguas indígenas. Esto requiere obras especiales como ya existen, por ejemplo la *Biblioteca* de Ludewig y los *Apuntes* de mi hermano político D. Joaquín García Icazbalceta. Yo me limito á citar los autores que consulto, unas veces escogidos entre varios porque me parecen los mejores, otras veces ateniéndome á lo único que se ha escrito ó se puede encontrar. Cuando me ha sido posible he rectificado con los mismos indígenas mis observaciones, lo cual no siempre puede hacerse en México: la dilatada extensión del país, la dificultad de comunicaciones y la inseguridad de los caminos hacen aquí muy difíciles los viajes. En consecuencia, suplico á los críticos extranjeros no juzguen de mi obra por lo que pasa en su nación. En Europa, el lingüista cuenta con medios fáciles de comunicación y con trabajos anteriores que facilitan los suyos, buenas gramáticas y copiosos diccionarios: sobre las lenguas mexicanas la adquisición de un *Pater Noster* suele ser un verdadero triunfo. Esta explicación hará comprender la causa por qué en la presente obra todavía quedan algunos idiomas como de clasificación dudosa, y por qué de otros sólo doy breves noti-

cias, ó puramente ligeras muestras. Lo que sí puedo asegurar es que durante varios años no he omitido diligencia ni gasto para adquirir materiales respecto á las lenguas mexicanas.

Por último, omito el Vocabulario manual de la lengua ópata inserto en la primera edición: no hace falta ninguna para el plan de la obra, aprovechando de él, como he aprovechado, todo lo necesario.

Las partes *descriptiva y comparativa* no las he considerado ya como del todo independientes, sino que las he alternado, es decir, analizo primeramente los idiomas de una misma familia ó inmediatamente los comparo. De este modo se evitan repeticiones, y es más fácil la referencia de la parte comparativa á la descriptiva con solo indicaciones.

Por lo demás, debe comprenderse que en lo publicado antes, y que ahora se reimprime, he hecho las correcciones y adiciones que me han parecido oportunas, según mis nuevos estudios.

Respecto á los principios en que fundo mis clasificaciones, método que sigo y conclusiones que deduzco, diré dos palabras.

Es sabido que los lingüistas se han dividido en dos escuelas por lo que toca al medio de clasificación, pues unos buscan la afinidad de las lenguas en sus voces y otros en la gramática. Yo creo que la gramática es lo más consistente, lo más estable en una lengua, donde se debe buscar el carácter primitivo de ella, mientras que el diccionario se altera con más facilidad, se corrompe más prontamente; un solo ejemplo servirá de confirmación. Los Españoles durante ocho siglos no adoptaron ningún elemento esencial de la gramática del idioma árabe, mientras que si tomaron multitud de palabras de esa lengua. Sin embargo, no por esto me declaro partidario exclusivo de las comparaciones gramaticales, pues he observado que por mucho que se altere el diccionario de un pueblo quedan, por lo menos, algunas de esas palabras que se llaman *primitivas*, esto es, nombres que indican miembros del cuerpo, parentesco, fenómenos más notables de la naturaleza, adjetivos numerales, verbos más usuales, etc.: esta clase de palabras se consideran como esenciales á todo hombre en sociedad por imperfecta que sea.

Esto supuesto diré que mi sistema consiste en comparar esas palabras llamadas *primitivas*, y al mismo tiempo la gramática, el sistema general de ella, así como las formas principales, especialmente el verbo que es el alma del discurso. Alguna vez por falta absoluta de datos tendré que suplirme para las clasificaciones con la noticia de los prácticos en las lenguas del país: con la simple práctica se conoce, por ejemplo, la analogía del castellano y el portugués sin necesidad de procedimientos lingüísticos.

En cuanto á mi método, está fundado en la regla de lógica: "ir de lo conocido á lo desconocido." Comienzo por el idioma mexicano que es el más estudiado, siguiendo con la familia ópata-pima y la comanche-shoshone, cuya analogía con el azteca ha sido ya indicada por otros lingüistas. En lo de adelante, comparo los idiomas con las tres familias referidas mexicana, ópata y comanche, para evitar que la analogía con una sola se considere obra de la casualidad ó de un trato superficial.

Respecto á la consecuencia que saco de la afinidad de dos ó más lenguas, no es precisamente la de igualdad de origen porque puede haber analogía entre dos idiomas por comunicación: así el latín influyó en el castellano por comunicación, y no por eso deja este idioma de pertenecer á la familia latina. El lingüista, en mi concepto, ha de ser como el geólogo que califica de análogas tales y cuales rocas sin poder adivinar, á veces, si esa analogía es originaria ó por metamorfismo.

Ahora bien, cuando el lingüista quiere cerciorarse sobre el origen de la nación que habla tal ó cual lengua, puede ocurrir á las tradiciones históricas y á la fisiología. De este modo, si encontramos dos ó más pueblos que hablan lenguas análogas y que, al mismo tiempo, tienen iguales tradiciones y el mismo aspecto físico puede asegurar que esos pueblos son hermanos; pero si las lenguas son únicamente las semejantes, entonces lo que se deduce es que entre las naciones de que se trata ha habido un trato íntimo, estrecho, porque se necesita mucha intimidad, una fusión completa, para adoptar aun las palabras primitivas y el sistema gramatical. Un indio americano hablando dialecto español

no prueba con esto ser de la raza caucásica; pero sí haberse unido con ella.

En una palabra, y valiéndome de cierta comparación, diré que entre los idiomas puede y debe admitirse el parentesco sea por consaguinidad ó por afinidad.

Réstame sólo explicar que en mis clasificaciones admito cuatro grados de analogía entre las lenguas, á saber, el dialecto, la rama, la familia y el grupo; de lo más próximo á lo más remoto. El dialecto, la rama y la familia son divisiones muy conocidas, por lo cual sólo diré que por *grupo* entiendo familias diversas que, sin embargo, conservan algunas analogías esenciales, señal de un origen común y separación antigua, ó de un trato más íntimo que el del simple comercio ó vecindad.

Para tranquilizar completamente el ánimo de los críticos escrupulosos haré una advertencia más, y con ella terminaré este prólogo.

Si se compara el catálogo de lenguas que yo presento con los de otros autores podrá creerse que he omitido algunas. Manifestaré, pues, que los únicos idiomas que omito son los muertos, de que no quedan vestigios ni noticia alguna para poderlos clasificar. Además puede observarse que los escritores, por lo común, han multiplicado indebidamente las lenguas americanas, y entre ellas las de México, tomando voces sinónimas de una misma lengua como si fuesen de varias, y lo que es más todavía, se han llegado á creer nombres de lenguas los de tribu y aun los de lugares. De todo esto tendré ocasión de presentar ejemplos en el curso de la obra.

CAPITULO I.

EL MEXICANO, NAHUATL O AZTECA.

NOCIONES PRELIMINARES.

A mediados del siglo VII, según la Cronología de Clavijero, apareció en Anáhuac la célebre nación Tolteca que fundó el reino de Tula y la adelantada civilización que los españoles encontraron entre los aztecas y tezcucanos. La monarquía tolteca terminó antes de cuatro siglos por la peste, la hambre y la guerra civil, quedando en el país algunas familias, y emigrando el resto principalmente hacia el Sur, aun hasta Guatemala y Nicaragua, según el historiador Ixtlilxochitl.

Como un siglo después, llegó al valle de México una numerosa tribu casi salvaje, llamada *chichimeca*, la cual unida con los toltecas, que aun quedaban en el país, y civilizada por ellos, fundó el reino de Texcoco ó Alcolhuacan, todavía existente á la llegada de los españoles.

Algunos años después de establecidos los chichimecas, llegaron del Norte seis tribus de las siete conocidas con el nombre de *Nahuatlacas*, pues una de ellas, la mexicana, se quedó atrás, y hasta 1196 arribó á Tula. Los nombres con que se conocieron después esas tribus fueron: Xochimilcas, Chalcas, Tepanecas, Tlahuicas, Colhuas, Tlaxcaltecas y Mexicanos, cuyos nombres tomaron de los lugares que fun-